

LA MURALLA MEDIEVAL DE OSUNA

por
Francisco Ledesma



Recientemente, la intervención arqueológica que se ha llevado a cabo en la carretera que une la Farfana con la Universidad ha dejado al descubierto restos de la antigua muralla musulmana. Osuna sorprende por el perfil que presenta a quien se acerca a la ciudad. Desde las alturas cercanas, el visitante puede observar como sobre una colina casi despoblada se recortan las siluetas de dos edificios imponentes: La Colegiata de Santa María de la Asunción y la Universidad. Detrás de ambos, como presidiendo la escena, se alzan los restos grisáceos de lo que fue el antiguo palacio de los Girones, los "Paredones". Esos restos, junto con la Torre del Agua, son los únicos fácilmente identificables de lo que permanece en pie del antiguo cinturón de murallas medieval que se levantó en Osuna.

Es cierto que en la fisonomía de la ciudad se echa de menos la afloración de vestigios de las defensas medievales. Es algo característico de los pueblos andaluces, donde los conflictos entre los mundos cristiano e islámico tuvieron mayor pervivencia. El propio desarrollo histórico que sufrió nuestra localidad explica el fenómeno. Los geógrafos y cronistas musulmanes ya hacían referencia a Osuna como un núcleo urbano fortificado, hablando de la presencia del castillo. Es probable que esa cerca recibiera una importante remodelación en el momento de dominio almohade y esa situación fuese la que heredase Fernando III tras el acuerdo—"postura"—alcanzado con los habitantes de la ciudad en 1240, por el que Osuna pasó a formar parte de Castilla. Esta aparente estabilidad quedará bruscamente cortada tras la revuelta de los mudéjares acaecida en 1264. A partir de entonces, Osuna pasa a ser encomienda de la Orden de Calatrava y esta forma de señorío—de abando—durará dos siglos.

Es posible que en este período el cinturón medieval de murallas sufriese una importante reforma. Existen noticias de un ataque de musulmanes granadinos en 1369. El episodio tiene que ver con la turbulenta política castellana de finales del reinado de Pedro I el Cruel, con diferentes bandos cristianos enfrentados y las tropas islámicas actuando en favor de una de las facciones. Las crónicas insisten en que la ciudad fue saqueada y sus muros seriamente dañados. Al año siguiente en 1370 Enrique II cede determinados tributos que se destinan a la reparación de la cerca defensiva. Probablemente de ese momento daten las tareas de recalzo que se detectan en los restos que han llegado hasta nosotros. Al parecer todo el perímetro se revisió por su cara externa con sillares dispuestos a tizón.

A pesar de ese refuerzo, las murallas no soportaron el paso de los años sin deterioro. En 1464, Pedro Girón, Maestre de Calatrava, consigue permutar Osuna y Cazalla—hoy Puebla de Cazalla—por dos lugares de su propiedad, Fuenteovejuna y Bélmez. En la serie de informes que se solicitan para el trueque se dice que el "castillo" de Osuna es viejo, poco fuerte y mal reparado. Así debieron ver la fortaleza los Girones al convertirse en condes de Ureña y fijar la capitalidad de su estado territorial andaluz en Osuna. Con su irrupción en el panorama ursoronés se modificará sustancialmente la vida de la ciudad. Aunque las noticias son sumamente escasas, hay indicios que permiten pensar que su primera actuación tiene que ver con la antigua alcazaba. Esa zona fuerte dentro del cinturón defensivo se remodela en clave palaciega. Allí, en los "Paredones", dispondrán su residencia hasta que, producto del abandono, se arruina a mediados del siglo XVII.



El resto de la cerca medieval sufrió el mismo proceso. La vieja muralla aparecía como un obstáculo al crecimiento de la Osuna renacentista. El casco urbano fue creciendo extramuros y el recinto que quedaba encerrado en el inhóspito espacio de la colina, se despuebla. Los viejos muros almohades quedaron en su mayor parte embutidos entre viviendas, actuando como pared medianera. Antonio García de Córdoba en el siglo XVIII, y posteriormente don Francisco Olid, hicieron una descripción de las viejas defensas, deteniéndose de forma especial en las puertas de la ciudad. Algunas de ellas, ni uno ni otro llegaron a verlas. Confundieron un portillo, el denominado del Caño de las Carnicerías, con una de esas entradas. Otro de los accesos, el de San Juan, fue olvidado en la narración. La muralla dibujaba una especie de óvalo. En la zona más elevada se encontraba la alcazaba, cerrada de muros al interior y con un portillo abierto al campo. Desde ese enclave, la cerca, encerrando el espacio que hoy ocupa la Universidad, se orientaba hacia la Merced. El actual convento, que ocupa el solar del Hospital de la Encarnación, se monta sobre la muralla. No lejos debió situarse la Puerta Nueva.

El recorrido de la cerca sigue el trazado de las traseras de las viviendas de las calles de San Antón y Luis de Molina. Aún hoy es posible ver algún resto casi oculto en el caserío. Al llegar a la altura de la calle denominada Plaza Nueva el muro gira y se encamina hacia la Torre del Agua. Allí se abría una de las puertas principales de la ciudad, también llamada del Agua por la cercanía con la Fuente Vieja. García de Córdoba opinaba que debió existir otra torre gemela con la del Agua y entre ambos bastiones se localizaría el acceso al recinto intramuros.

Apoyándose en ese baluarte perdido, la muralla proseguía hasta llegar a la iglesia de San Juan, cuyos restos son aún hoy visibles al fondo del callejón de la Caridad, popularmente llamado "de la

Gallega". Continuaba por las traseras de la Carrera de Caballos hasta alcanzar la plaza de Santa Rita. En su recorrido se abrían dos puntos de ingreso al interior del perímetro defensivo: el portillo de San Juan y el Caño de las Carnicerías Viejas. Se trataba de dos aperturas relativamente modernas, construidas ante la necesidad de enlazar los arrabales nuevos con el entramado viario intramuros.

Frente a la iglesia de San Agustín, el muro giraba y se orientaba hacia la parte alta de la colina, buscando enlazar con la alcazaba. La calle de los Negros—actual Caldenegros—surge por la construcción de casas apoyadas en la línea de la cerca. Allí, cerca de la confluencia con la calle Santa Ana, se situaba otra de las puertas de la ciudad, la de Granada, que conducía directamente a la fortaleza. Con el tiempo, aquella zona quedó prácticamente abandonada. La puerta perdió significación, hasta el punto que su denominación, Granada, sirvió para un nuevo acceso que se localizaba al final de la calle San Cristóbal, cerca de donde se levantaba la ermita de San Sebastián.

Los restos que han permanecido visibles son muy escasos. El enorme desarrollo de la Osuna renacentista desbordó el estrecho marco del recinto medieval, sacrificando a su paso el obstáculo que suponían los viejos muros, que fueron sistemáticamente desmontados, cuando no quedaron irreconocibles al ser embutidos entre casas. Del proceso no se libró ni el alcázar, reconvertido en palacio de los Girones, posteriormente abandonado en el siglo XVII y luego absolutamente arruinado, tal y como hoy se ve, tan sólo como un lienzo de muro en serio peligro de desaparición.

